

CRITICA DE MUSICA

SEXTA TEMPORADA EN EL MONTECARMELO

■ La agrupación "L'Estro Armonico" abrió la temporada musical 1996 en La Capilla de Montecarmelo. La sala llena deparó un éxito grande al conjunto que integran Max Echaurren (flauta), Hernán Muñoz (violín), José Molina (fagot) y Svetlana Kotova (clavécin) así como a las cantantes invitadas Miryam Singer (soprano) y Pilar Díaz (contralto).

Los cuatro instrumentistas se distinguieron en tríos del Barroco, época a la que estuvo dedicado el programa entero de la tarde. Para empezar, violín, flauta y el *continuo* que forman fagot y teclado ofrecieron un Trio-Sonata en Fa Mayor, de Johann Joachim Quantz, músico en la corte de Federico el Grande. Resalta la fantasía melódica del breve Largo en Re menor entre el buen ánimo de los demás movimientos.

Parejamente elevado nos pareció la calidad de una Sonata en Do menor, de Telemann, vertida con nobleza por los mismos intérpretes. Tanto en las apacibles páginas profundas como en los movimientos veloces impares, destacó la jerarquía de la excelente entrega.

Acaso la proeza instrumental más brillante del concierto fue la versión de un Trio en Re menor, de Vivaldi. Con el jocoso Allegro inicial y la conclusión —danza cuyas figuraciones vertiginosas eran de un virtuosismo sorprendente— formó un eficaz contraste el Largo que ambula por diversas tonalidades sin abandonar la órbita del Si bemol Mayor.

Especialmente lucidas fueron las contribuciones de ambas cantantes. En el aria "Kein Arzt", de la Cantata 103 de Bach, el saturado timbre vocal de Pilar Díaz se fundió armoniosamente con el contrapunto de violín y bajo continuo.

Los años que Haendel pasó en Italia dieron un fruto delicioso en "Nel dolce dell'oblio", cantata que alterna de un modo admirable una expresiva sucesión de recitativos y arias. Fue entregada por Miryam Singer con cultura, pureza y agilidad sobre el acompañamiento de la flauta y el continuo.

Una respuesta triunfal tuvo el atrayente dúo "Wireilen", de la Cantata 78 de Bach, en la que los instrumentos describen la premura de los pasos que corren hacia Jesús, entulándose soprano y contralto en el fervor de sus artificios vocales. El auditorio entusiasmado supo apreciar debidamente la magnífica interpretación.

Federico Heinlein

CRITICA DE MUSICA

ORATORIO "BALTASAR" DE HAENDEL

■ Para marcar los veinticinco años de su Temporada Internacional de Conciertos, la Fundación Beethoven presentó en el Teatro Oriente el oratorio "Baltasar" (1744), de Haendel, convenientemente abreviado. Fueron intérpretes idóneos de la difícil obra la Orquesta de Cámara de Chile, el Coro del Museo de Bellas Artes (director: Víctor Alarcón) y, de solistas, la soprano Miryam Singer, las contraltos Pilar Díaz y Carmen Luisa Letelier, el tenor Alejandro Prieto y el bajo Patricio Méndez, teniendo la dirección general el maestro Fernando Rosas.

Fue muy interesante conocer este oratorio, posterior a "El Mesías". Su letra, por Charles Jennens, se basa —a veces con exactitud— en el capítulo 5 del Libro de Daniel. Acreditada y útil fue la traducción impresa en castellano que se repartió antes del concierto para que el auditorio pudiera seguir paso a paso el acontecer bíblico.

Por su labor preparatoria y directiva sobresalieron, como héroes de la jornada, Fernando Rosas y Víctor Alarcón (este último participando, incluso, como tenor solista en una vivaz intervención). Entre los elementos agregados al grupo de ejecutantes hay que nombrar, especialmente, a Alejandro Reyes quien, al clavicémbalo, formaba la base del recitativo seco con el violonchelo de Patricio Barria —y ocasionalmente también el contrabajo de Jazmín Lemus— cuando no reforzaba, al órgano, la armonía general.

Desde la noble obertura la orquesta atestiguó su calidad en todo instante, mostrando disciplina extraordinaria al acompañar los recitativos. El coro exhibió una enorme variedad anímica. Burlón al comienzo; de gran virtuosismo en sus loas al Señor; fervoroso o triunfante según la etnia que personificaba en el momento; una falange vocal estu-penda, magníficamente preparada.

Los solistas, apostados en altura, al fondo, contribuyeron significativamente a la excelencia de la presentación.

La soprano Miryam Singer tuvo oportunidad de lucir variadas facetas emotivas y un arte vocal soberano en el papel entrañable de Nitocris, madre de Baltasar.

Como Profeta Daniel, Pilar Díaz destacó por su privilegiado timbre al servicio de la expresión más convincente. En el rol de Ciró, rey de los persas, Carmen Luisa Letelier demostró notable agilidad de coloratura y, en su aria final, un logro sobrehumano ante demandas artísticas exorbitantes.

No menores son las exigencias vocales de Haendel para los varones. El tenor Alejandro Prieto supo resolver hábilmente los malabarismos que propone el compositor al pintar, en la primera aria, la liviandad del rey de Babilonia. Aciertos similares tuvo al rechazar la "superstición judía" y en el dúo con Nitocris. Otras hazañas memorables fueron su alabanza del vino y la jactanciosa soberbia antes del Mene Tekel que, junto a diversas circunstancias adicionales, aproximan este oratorio al género operático.

Con voz cálida, el bajo Patricio Méndez venció airoso los ingentes desafíos del aria inicial de Gobrias, segundo de Ciró, para desempeñarse después como Mensajero, de plena convicción dramática. En resumen, una dignísima celebración de aniversario.

Federico Heinlein.

CRÍTICA DE ÓPERA

"Baile de Máscaras" II

Sobre esta vigésimo segunda ópera de Verdi se ha escrito lo suficiente como para decir solamente que resume una larga experiencia y un fruto espléndido de su sentido dramático y musical. Esto entraña una dificultad doble para sus intérpretes. Ellos deben asumir que no sólo deben cantar con voces seguras las clásicas melodías verdianas, sino también hacer sentir al auditor las crisis múltiples de los personajes. Por eso, no basta con tener las mejores voces si ellas no se complementan con una prestancia escénica adecuada. El dominio del papel, cómico, apasionado, celoso o intrigante, todo está unido a la música que cambia con cada cual o se combina magistralmente en duos,

tríos o concertados. La acción es continua, en el foso orquestal y en el escenario.

¿Por qué no decirlo? Había en muchos espectadores de la función de *Encuentro con la Ópera*, dedicada a cantantes nacionales, una cierta reserva respecto de su comportamiento en este exigente título. No obstante, el resultado general acreditó un nivel más que satisfactorio y, en ocasiones, plenamente ajustado al contenido de la obra.

Cantantes de estatura verdiana, y en especial de "Un Ballo", no son fáciles de encontrar en plenitud. Reunirlos en Chile es aventura riesgosa. Por ello hay que de-

cir que el trabajo del barítono nacional Patricio Méndez (Renato) destacó por la estrecha unión entre canto y acción escénica, el vigor expresivo de su presencia que seguía en todo momento los sucesos que se desarrollaban, cantase o no. Con experiencia en teatros europeos, Méndez vivió su personaje con eficiencia y calidad vocal, no sólo en la esperada aria ("Eri tu"), sino a lo largo de toda la ópera. Un significativo esfuerzo logró la soprano Lucía D'Anselmo en su difícil responsabilidad (Amelia) para superar los escollos de una tesitura muy amplia, que no siempre resultó audible en los graves y del dramatismo constante del personaje, asediado por pasiones encontradas. Sin tener el volu-

men vocal adecuado, la cantante superó las dificultades con su profesionalismo reconocido. José Azócar (Ricardo) mostró una vez más su generoso material de tenor, al que falta sin duda mayor pulimiento en la emisión y, sobre todo, sentir el personaje íntimamente para dar las diferentes facetas de su carácter. Todo lo demás está en su material privilegiado en el campo tenorial. Mucho más canto y menos saltos dieron simpatía al Paje Oscar, de Myriam Singer, cuya voz dio color y brillo a los concertados. En el rol de Ulrica, la joven mezzo Lina Escobedo dio un paso adelante en su carrera, por más que su desarrollo vocal no está todavía al nivel de las responsabilidades del difícil

personaje. Los pequeños problemas de Azócar en un breve pasaje conjunto, y la tardía entrada del Paje en otro momento de su rol demuestran, una vez más, que en el escenario "no hay enemigo chico", aunque ambos lo superaron debidamente. Siendo en Chile un problema nacional el de la falta de voces masculinas graves, los bajos Díaz y Navarro cumplieron profesionalmente sus partes de Conspiradores. Coro y comprimarios completaron el espectáculo que, aparte detalles, tuvo en la dirección de Miguel Patrón y en la Orquesta Filarmónica un apoyo eficiente en todo momento.

Daniel Quiroga.